

LAS DOS CARAS DE LA REFLEXION SOBRE
EL LENGUAJE EN «YO EL SUPREMO» DE
AUGUSTO ROA BASTOS

A Jaime García-Legaz y M.^a Adela Ponce Molet

ANTES de ser "letra escrita" (p. 405) (1) o a menudo 'letra copiada', buena parte de la novela *Yo El Supremo* es palabra, discurso hablado o dictado. A lo largo de las 456 páginas (2) del libro, El Supremo hace uso, abundantemente de esa facultad propiamente humana llamada el lenguaje ("Facultad de emplear sonidos articulados para expresarse, propia del hombre") (3) para comunicarse, primero con su secretario, que transcribe sus palabras, luego con su pueblo, sus "sátrapas" y demás lectores. Ya que su reflexión sobre el Poder Absoluto le lleva a meditar sobre una multitud de problemas y a interrogarse sobre el destino humano ¿qué mucho que también reflexione sobre el lenguaje? ¿Qué mucho que este Dictador que gobierna con palabras ("El viejo loco que se alucinó creyendo poder gobernar el país con nada más que palabras, órdenes, palabras, órdenes, palabras", p. 367) reflexione de vez en cuando sobre el valor, el alcance o los límites del instrumento de su poder?

(1) Las indicaciones de páginas remiten todas a: Augusto Roa Bastos, *Yo El Supremo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, 468 p.

(2) No tenemos en cuenta el *Apéndice* ni la *Nota final del Compilador*.

(3) María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1966, s.v. 'Lenguaje'. Todas las definiciones citadas en este trabajo proceden del mismo diccionario.



A primera vista, lo que caracteriza la reflexión sobre el lenguaje en *Yo El Supremo* es su pesimismo. Se admite comúnmente que el lenguaje permite la comunicación entre los humanos, dándoles un medio para crear una vida social, para tejer lazos, para salir de su soledad de individuos, formar grupos capaces de afrontar peligros y vencer dificultades, un medio para comprenderse y amarse. O sea que el lenguaje articulado marca en muchos casos la superioridad del humano sobre el animal, el cual también posee un lenguaje a base de gritos inarticulados o de signos y mensajes diversos. Pero el animal dispone de un repertorio limitado, inmutable, que cada generación reproduce sin modificación o enriquecimiento, un repertorio en el que la creación queda totalmente ausente.

El hombre, si utiliza un repertorio heredado, es capaz, en cambio, de enriquecer lo heredado, de crear su lenguaje, de inventarlo. Es decir que el hombre es capaz de crear la palabra, de darle una existencia autónoma y perdurable. Pensamos a tal respecto en la poesía oral. Para emplear una expresión del mismo Supremo, relativa al lenguaje escrito, el hombre es capaz de "hacer que la palabra sea real" (p. 67).

Sin embargo, tan maravillosa facultad no despierta sino recelo, desconfianza, escepticismo en *El Supremo*. Primero le quita al lenguaje la superioridad de ser un privilegio humano ya que, según la mejor tradición cervantina, los perros Sultán y Héroe se expresan con perfecta propiedad y son capaces de sostener largas e inteligentes conversaciones entre sí o con algunos humanos. Con el mismo Supremo, por ejemplo, quien hace "largas palabras con la disparatada sombra de un perro" (p. 421), o sea Sultán.

Incluso cuando no están dotados de palabra "los animales, según *El Supremo*, se comunican entre ellos, sin palabras, mejor que nosotros" (p. 15), lo cual equivale a considerar el lenguaje animal superior al lenguaje humano. Va más allá el Dictador, pues piensa que no sólo el lenguaje animal inarticulado es superior al lenguaje humano, sino que los animales poseen algunas ventajas sobre los humanos precisamente porque están desprovistos de lenguaje: "¿Saben ustedes por qué los pájaros y todas las especies animales no enferman y viven normalmente el curso de sus vidas? Los galenos suizos [Juan Rengger y Marcelino Longchamp] se lanzaron al mismo tiempo a una larga disquisición en francés y en alemán. No, mis estimados esculapios. No lo saben. Vean, escuchen. La primera razón es porque los animales viven en medio de la naturaleza [...] Lo segundo, porque no hablan ni escriben al modo de los hombres." (p. 128).

Según el Supremo Dictador, el defecto esencial del lenguaje humano es



su inadaptación. El lenguaje humano es un instrumento mal hecho, de mala calidad y tan defectuoso que no asume sino muy mediocrementemente su función de comunicación: "Con los mismos órganos los hombres hablan y los animales no hablan. ¿Te parece esto razonable? No es, pues, el lenguaje hablado el que diferencia al hombre del animal, sino la posibilidad de fabricarse un lenguaje a la medida de sus necesidades" (p. 66).

En vez de servir de medio de comprensión entre los hombres, el lenguaje hablado es, en opinión del Supremo Dictador, un obstáculo que lo enreda todo, haciendo complicado lo sencillo, oscuro lo claro. Siendo el lenguaje humano lo que es, no hay solución, ni salvación posible. Ese defecto mayúsculo es imborrable, ineludible, pues: "Tal es la maldición de las palabras: Maldito juego que aborrece lo que busca expresar." (p. 224). Este permanente desajuste se produce en cuanto empieza uno a hablar: "Cuando te dicto, las palabras tienen un sentido, otro cuando las escribes" (p. 65). Por más que se intente "acordar la palabra con el sonido del pensamiento" (p. 23), siempre se va al fracaso. Al final del libro, cuando la proximidad a la muerte le hace a El Supremo más clarividente, o más vidente, aún repite esta misma frase: "Acordar la palabra con el sonido del pensamiento" y añade esta exclamación: "¡Lo más difícil del mundo!" (p. 456).

Palabra y lenguaje se revelan incapaces de conservar y transmitir fielmente el mensaje que les entrega el pensamiento. Por eso el sonido producido por el que habla no es más que un "son-ido" (p. 23) como dice el Dictador. Comprendamos: un son que se escapa, que se nos va cuando estamos deseosos de retenerlo, de captarlo, de prenderlo, de comprenderlo. Es un son que huye, un son volátil, fugaz, efímero.

De ahí la larga serie de sarcasmos e invectivas que El Supremo dirige al lenguaje humano a lo largo de su largo discurso. Sultán, el difunto perro que precede a El Supremo en la muerte, le describe los primeros síntomas de la agonía: "¿Qué pasará después del primer icrus? Más vulgarmente, después del primer ataque de apoplejía, ¿qué te ocurrirá? Es posible que pierdas el uso de la palabra" (p. 417). Entonces contesta El Supremo: "¿Perder la palabra? Bah, no es malo perder lo malo" (*ibid.*). En una nota, el Compilador recuerda una breve fábula inventada por El Supremo y que ilustra bien su pensamiento: "Un insecto comió palabras. Creyó devorar el famoso canto del hombre y su fuerte fundamento. Nada aprendió el huésped ladrón con haber devorado palabras" (p. 144).

Pero si el lenguaje es tan inútil, inservible y traidor ¿con qué se le puede sustituir? Es un problema que muy lógicamente no podía dejar de plantearse



el Supremo Dictador. Propone dos soluciones: una de manera explícita, la segunda de manera implícita.

Veamos la primera. Más sencilla no puede ser. De modo totalmente acorde con la lógica de la lótopo que hemos citado más arriba ("No es malo perder lo malo"), el Dictador trueca la palabra por el silencio. Según él, es el más fiel, el más irreprochable de los lenguajes. A María de los Angeles Isasi le dice: "No hablas y te entiendo" (p. 348) y precisamente, gracias a la ausencia de lenguaje, se establece entre El Supremo y María de los Angeles, entre el hombre y la mujer, el diálogo; un diálogo total, una comunicación perfecta. Recobra El Supremo la memoria perdida, de repente se acuerda: "En otro tiempo anduvimos juntos" (p. 348). Gracias a la memoria recobrada vuelve al Paraíso perdido, cuando El Supremo y María de los Angeles eran dos niños que jugaban en un edénico jardín: "Entre las grandes hojas y los monstruos mansos e inmensos, dos niños juegan. No se conocen. ¿Se han visto alguna vez? No se acuerdan. ¿Adán y Eva? No sé, no sé... No hemos aprendido aún a hablar. Pero ya nos entendemos" (p. 349). La comunicación es posible porque no existe el lenguaje. Seres y cosas no tienen nombre todavía: "Nuestro Padre Ultimo-Ultimo-Primero" no ha creado todavía "el fundamento del lenguaje humano" (*ibid.*). Ahora que existe "el famoso lenguaje humano" (*ibid.*), ya ha desaparecido la comunicación, sólo queda su recuerdo y el de la comprensión, del amor perdidos: "Te oigo y te comprendo por memoria. Lo demás, todo perdido. El inmenso caballo negro entre los dos." (*ibid.*).

Lejos de permitir la comunicación entre los humanos, el lenguaje, pues, la dificulta e imposibilita. Lo mismo pasa con el conocimiento. En la ruta del saber sobra el lenguaje, engorroso e inútil compañero de viaje: "Nunca sabrás nada si no penetras en lo íntimo de las cosas. No te hace falta la lengua para esto; al contrario te estorba" (p. 36). Inútil instrumento de investigación, manifiesta el lenguaje la misma incompetencia para traducir y enunciar "lo íntimo de las cosas". Siendo la verdadera riqueza del pensamiento indecible, por definición se halla incapaz de expresarla: "Lo que en el ser humano hay de prodigioso, de temible, de desconocido, no se ha puesto hasta ahora en palabras o en libros, ni se pondrá jamás" (p. 421).

Ya que es el lenguaje una facultad tan negativa ("lo malo") el que lo utiliza se encuentra en posición de inferioridad. Por eso le dice El Supremo al "can minervino": "Ahora, el silencio es mi manera de hablar" (p. 416), haciéndole, acto continuo, a su interlocutor perruno esta confidencia: "Si entendieran mi habla-silencio podrían vencerme a su vez. Impene-



rrable sistema de defensa” (*ibid.*). Ahí surge la contradicción a la que El Supremo no puede escapar y que pone en evidencia el perro vidente: “Eso es lo que crees, carroña suprema. No haces más que enredarte en las palabras” (*ibid.*). En efecto, para decir que el silencio es su mejor arma, El Supremo necesita palabras y lenguaje. Su silencio, además, no existe sin la imprescindible referencia a su antónimo: el lenguaje. Cuando se figura poseer en el silencio un arma definitiva, El Supremo tropieza con el lenguaje, lo mismo que “aquel hombre que fornicaba a tres niñas que había tenido de su madre” (*ibid.*). Creía aquel buen hombre que fornicaba y poseía a tres mujeres, pero la realidad era distinta y mucho menos sencilla de lo que parecía, pues entre las tres “había una niña que se casó con su hijo, de suerte que cuando fornicaba con ella, fornicaba a su hermana, su hija y su nuera, y obligaba a su hijo a fornicar a su hermana y a su suegra...” (*ibid.*).

Esa primera solución —el silencio—, ideal en su principio, resulta un fracaso en su aplicación, o mejor dicho de imposible aplicación por parte de El Supremo, quien, a pesar de su firme proclamación (“Ahora el silencio es mi manera de hablar”, p. 416), continúa y continúa hablando, utilizando, pues, el lenguaje y contradicciones sin tregua a sí mismo.

La segunda solución, implícita ésta, es la notable costumbre de El Supremo de “inventar” o “derivar” palabras (“Esta maldita costumbre mía de inventar o derivar palabras”, p. 288). Esta solución procede de un enfoque distinto del problema. Hemos visto que, según El Supremo, las palabras empobrecen, desvirtúan el pensamiento que pretenden expresar y transmitir y lo esencial “permanece indecible detrás de las palabras” (p. 445).

El lenguaje es malo (“lo malo”), muy imperfecto, es un obstáculo, pero el caso es que existe. Por eso, y a pesar de algunas afirmaciones contrarias (v. *supra*), en vez de rechazar este mal instrumento, El Supremo procura mejorarlo, “inventando” o “derivando” palabras. Crea el lenguaje que necesita, procura adecuar el lenguaje ya existente a sus necesidades inventando palabras o derivándolas. Por ejemplo, junta dos palabras para formar una: ‘mezclado’ y ‘mestizo’ forman la palabra “mezclatizos” (“Los orgullosos y *mezclatizos* mancebos de la tierra”, p. 46). La ventaja es obvia: la nueva palabra encierra en sí la potencia expresiva de las dos palabras iniciales sino el producto de su multiplicación: ‘mezclado’ fecunda y enriquece a ‘mestizo’ y viceversa. Las dos palabras no están yuxtapuestas, sino unidas como dos objetos puestos entre dos espejos, siendo cada palabra



a la vez objeto y espejo. Ambos espejos crean una infinidad de objetos, remitiendo sin cesar el uno al otro.

Tomemos otro ejemplo: “desedificaron” (“Me acusan de haber planificado y construido en veinte años más obras públicas de las que los indolentes españoles *desedificaron* en los siglos”, p. 47). En esta frase “desedificaron” se opone a “construido”. El Supremo, aquí, no crea una palabra, sino que utiliza una palabra ya existente tergiversando, “derivando” su sentido. En efecto ‘desedificar’ significa ‘dar mal ejemplo’, a sea lo contrario de ‘edificar’. Pero si ‘desedificar’ no posee más que una acepción, ‘edificar’ posee otra: ‘construir’, acepción o palabra derivada denuncia, además de las destrucciones, la escandalosa gestión del colonizador español, que sólo se preocupó por sacarle a la Provincia Gigante de las Indias todo el jugo posible sin tratar de hacer más llevadera la vida del pueblo que le enriquecía con su trabajo, construyendo, edificando obras públicas. El prefijo privativo ‘des—’ junto a un verbo de acción y creación (‘edificar’) pone de relieve el vacío de dos siglos de colonización. Además, el valor moral e incluso religioso de ‘edificar/desedificar’ hace del verbo empleado por El Supremo una grave acusación contra los colonizadores cristianos, quienes pretendían anunciar a los indios la palabra de amor del Evangelio y, en realidad, no predicaban con el ejemplo, sino que, al contrario, escandalizaban por su conducta y actos.

No se contenta El Supremo con sumar o multiplicar palabras, también las divide: de una palabra hace dos, sin que por eso la palabra inicial deje de conservar su primer sentido. Entre mil ejemplos podemos escoger uno: “bufo-nadas” (“...quién puede hacernos perder el juicio ni el seso con estas *bufo-nadas*”, p. 180). En ese pasaje está fustigando El Supremo a sus enemigos que “ensucian las fachadas” con pasquines o fabrican una “obscena figura en cera de lechiguana [...] remedando mi imagen decapitada” (*ibid.*). Nos dicen los diccionarios que ‘bufonada’ significa: ‘Dicho o hecho grotesco o chocarrero’. “Bufo-nadas” conserva este sentido, pero éste queda singularmente realzado por la división en dos partes de la palabra, división que no corresponde, notémoslo, a la división gramatical: ‘bufón-ada’. El sufijo ‘—ada’ significa, como se sabe, ‘propio de’. En este caso, propio de un bufón. “Nada(s)”, en cambio, dice mucho más (y sobre todo en plural ...—se trata de un pronombre invariable, pero un artista del lenguaje como El Supremo puede permitirse la licencia de ponerlo en plural...). “Nadas” muestra cuán irrisorios, ridículos, inoperantes, son los ataques de los enemigos del Poder Supremo. Además es de observar que ‘bufón’ queda en “bufo”



cuyos sentidos ('se aplica a las personas que hacen reír poniéndose en ridículo a sí mismas', etc.) se superponen al de 'bufón'. Y lo propio pasa con "—nadas" que es asimismo la segunda persona del singular del verbo 'nadar' en presente. Se crea entonces la imagen del enemigo de El Supremo nadando ridículamente ("bufo") sin llegar nunca a buen puerto, puesto que brutalmente se cierra la frase tras "bufo-nadas". Pero "bufo—" puede ser también la primera persona del singular del verbo 'bufar' en presente. O sea que nos hallamos en presencia de un [yo] "bufo" al que contesta un [tú] "nadas" que suscita una imagen totalmente extravagante y disparatada, de gran poder cómico. Esta comicidad no es gratuita ya que trata aquí El Supremo de dejar en ridículo a sus enemigos políticos y de hacer reír a expensas suyas. Menudean a lo largo de la novela ejemplos de este tipo. Entre muchos citemos algunos característicos: "escri-vamos" ("Los dos tunantes *escri-vamos* Molas y de la Peña", p. 8), "enferma-edad" ("La vejez, la *enferma-edad*, enfermedad de la que no se curan ni los dioses", p. 111), "sí-viles" ("No solamente los milicastro sino también sus panaguados *sí-viles*", p. 173), "es-capado" ("Mi estimado comandante *es-capado*", p. 395).

Juega también El Supremo con los sonidos de las palabras, encontrando de manera totalmente inesperada una verdad oculta hasta entonces en el mismo sonido de algunas de ellas. Así es como tras recordar que en la creación literaria todo está dicho ya y no se puede inventar nada ("Un libro solo, todos los libros", p. 143) aduce como prueba el caso de Homero, el Poeta y padre de la Poesía. Su propósito es apejar al autor de la *Odisea* de su pedestal. Lo consigue El Supremo gracias a un sencillo e ingenioso juego verbal: "¡Homero! ¡Oh mero repetidor de otros ciegos y sordomudos!" (p. 143). El gran Homero queda reducido a un adjetivo de poca valía que acompaña al sustantivo "repetidor". Pero "mero" es también el nombre de un pez, de forma que "repetidor" podría ser adjetivo epíteto. Vemos entonces operarse ante nosotros la metamorfosis de Homero —ciego según reza la leyenda— en un enorme pez de ojos globulosos, como los de algunos ciegos, que abre y cierra la boca como si repitiera ("repetidor") sin fin la misma palabra.

El Supremo juega con las palabras como se juega con un calidoscopio. Con él deja el diccionario de ser "un osario de palabras vacías" (p. 15), sino que, al contrario, las palabras cobran formas, perspectivas, significaciones nuevas y varias, superponiéndose y mezclándose los niveles de lectura y las interpretaciones no sólo de la palabra derivada, sino también de la frase



entera. Por eso se puede legítimamente hablar de creación poética acerca de *Yo El Supremo*.

Este breve estudio sobre el lenguaje en *Yo El Supremo* nos orienta, pues, hacia dos direcciones. El libro nos ofrece, por una parte, una reflexión propiamente dicha sobre el lenguaje y expresada merced al lenguaje. Se caracteriza por su tonalidad negativa y pesimista. Se puede comparar a una especie de callejón sin salida que emboca El Supremo, quien paradójica y contradictoriamente, necesita el lenguaje para condenar y tratar de eliminar el lenguaje.

Por otra parte, una reflexión implícita, no expresada por El Supremo, quien deja al lector tan apasionante tarea, sobre el lenguaje como terreno de la creación verbal. En este caso lleva a la práctica El Supremo una de sus máximas favoritas: "Obras quiero no, no palabras" (p. 356), es decir, que, en vez de hablar con "palabras" de la creación verbal, produce "obras" de creación verbal "inventando" o "derivando" palabras. No resulta entonces tan pesimista la opinión —no declarada pero sí patente— de El Supremo acerca del lenguaje, el cual puede llevar a la muerte cuando se petrifica totalmente ("El cementerio de la letra escrita", p. 405) o ser punto de partida hacia la exploración de un maravilloso universo desconocido de puro conocido.

Universidad de PERPIGNAN (Francia)

